

La parte del todo

¿En qué consiste la poesía, Jim?, le preguntaban los niños mendigos de México. Jim los escuchaba mirando las nubes y luego se ponía a vomitar. Léxico, elocuencia, búsqueda de la verdad. Epifanía.

Roberto Bolaño, *El gaucha insufrible*

Viajar hasta que se agoten en el libro las nobles opciones de muerte que existen.

Enrique Vila-Matas, *Suicidios ejemplares*

Dolor y consonantes

ME DOLÍA. El pasado me dolía.

Emborracharme consistió durante mucho tiempo en una escapatoria recurrente como aquellos pactos tácitos, retadores ante el tiempo, que nadie sabe cuándo se han suscrito, pero que todo el mundo acata con demasiada obsecuencia. Lo demás, fue enjambre de rutina envuelta en un mordaz y asesino letargo contemporáneo. Llevaba meses haciendo lo imposible para evitar ese sufrimiento. Quedaba con amigos, volvía a emborracharme, veía películas, escuchaba música y leía, sobre todo leía. Me relajaba.

Mis mundos se abrían y cerraban en cada pasar de línea. En cada página se desvanecían algunos cigarros y nacía una tos con afán maldito de madurar su sonido y su alma. Ojos cansados, párpados rebeldes y gafas gastadas

intercalaban constantemente páginas y líneas. Letras y palabras, vocales y consonantes cómplices de una pesada época presa, que hoy, por fin, puedo decir que murió para resucitar libre. El mensaje viajó de noche cuando dormía desde un Marruecos abandonado. Fue sin querer. El aviso llegó días más tarde, incluso semanas. Más bien, años después. Mientras tanto, empecé a escribir.

El último *halaiqui*

CUANDO Madrid era de todos, el cielo parecía sumido en una soledad absoluta. Sólo se contemplaba si les antojaba a las nubes. Unas nubes negras como la reputación de mis borracheras sin motivo. Una noche en el barrio de Lavapiés, casi zigzagueando a gatas, pude coger un taxi de vuelta a casa. Disimulando mi embriaguez, conseguí indicarle al taxista la dirección con una solemne voz cantosa. Con el contador en marcha y las calles desiertas destilando su esencia desnuda detrás de la ventanilla del coche, tratabillé: «De Madrid al cielo, ¿eh?». Supongo que lo dije para romper el silencio que me incomodaba y para caerle simpático al hombre. O simplemente eran mis ganas de hablar, que solían ser autónomas en ese estado. El taxista me siguió la corriente, después de un reflexivo silencio, contestándome: «De Madrid, el cielo», y acompañó su

matiz sintáctico con una mirada triunfadora por el espejo retrovisor. Quizá le di alguna propina por la frase, o no. No lo sé. Fue una noche nebulosa y aquella niebla aún pervive en este recuerdo.

Las nubes cuando no eran nubes eran las reinas de los momentos de tensión, de pulsión o de una remarcada aflicción social. Durante meses, muchos meses, se asentaron, sombrías, para provocar en las almas errantes el sentimiento del sin rumbo. Caminos que se veteaban en el futuro sin poder andarlos. Horizontes anhelados que se saboreaban desde la lejanía de un pueblo estancado en el espacio sin más compañía que su propia sombra, que se desdibujaba a falta de sol. Ahí estaba yo. Inmerso como otro cualquiera, uno más, en ese estado que no tardaron los telediarios en denominar crisis. Crisis a veces en singular y otras en plural, aunque la palabra no se inmutaba ni un ápice en su grafía inalterable. Más tarde, me di cuenta de que los meses sobrevolaban los años, incluso la década. Era un lunes de enero de 2011.

Madrid empezaba un año que atestiguaría la rebeldía espiritual en búsqueda de sí mismo. Huelga decir que emborracharse en una nube oscura tenía mucho encanto. Demasiado para ser ignorado. Como tampoco se podía ignorar el cielo de Madrid, que a veces sólo estaba como matizó el taxista, y otras tantas se deseaba con furor como sugería la concurrida frase. En cualquier caso,

aquel cielo encapotado era el protagonista de un Madrid que me pertenecía. Me unía a ese inefable encanto que absorbía en permanente implosión las emociones nítidas para envolverlas en un nimbo de soledad. Una soledad colectiva.

El día que recibí el mensaje acababa de terminar de leer *La noche del oráculo* de Paul Auster o de Sylvia Maxwell. No me quedó claro quién la escribió. No obstante, me dejó una sensación lúcida de angustia e insomnio. Historias dentro de historias enlazadas con historias de gente que escribía historias y otros las contaban mientras otros tantos las leían, escuchaban o vivían. Narración dentro de narración, decía Auster. *Cervantear* en esencia pura. «Puse un cartucho de tinta en la pluma, abrí el cuaderno por la primera hoja y me quedé mirando la primera línea. No tenía ni idea de cómo empezar.», escribió Auster mediante su protagonista escritor. En realidad, a medida que este protagonista iba escribiendo y yo leyendo sus frases, empecé a experimentar todo tipo de sensaciones. Al final, llegué a sentir lástima por el protagonista de la historia que escribía este escritor protagonista en el cuaderno azul fabricado en Portugal. Más cuando lo encerró en una habitación sin saber cómo sacarlo de ahí. Para no tener ni idea de cómo empezar, acabó asesinando a su personaje permitiéndole vivir encerrado en una historia que daba por acabada nada más empezarla. Pensé en escribir la

continuación de aquella historia. Lo cierto es que fue un pensamiento furtivo y, seguramente, no lo hice porque la lástima no era tan significativa como para esforzarme en liberarlo de allí. Incluso creo que descarté la posibilidad de redactarla por propia coherencia emocional, puesto que yo también me hallaba encerrado en mi propio sótano vivencial. O, a lo mejor, solo fue por pereza, atributo que siempre que se le brindaba la oportunidad se presentaba para hacerme compañía y dar sentido de la geometría a mi condición de ser racional. No reivindico la geometría de forma supina al igual que Ignatius J. Reilly, pero la tentación siempre acababa presentándose si la pereza no lo impedía. Espero volver por este asunto de la geometría más tarde.

En la lista de mis lecturas me estaba esperando *Océano mar*, de Alessandro Baricco. No llegué a leerla (probablemente por pereza también). Sin embargo, el mar de mis recuerdos abrió ante mí el océano de mi infancia. Nunca lo había hecho. El dolor y la pereza habían pasado factura hasta el punto en que mi fragilidad huía de toda ocasión que se postraba para brujulear en un lugar desde el que eximir de responsabilidad a mis pensamientos. Y quise desprenderme, sin mucho éxito, de ese espacio y de aquellos episodios que llenaban mi boca de ruidosos y huecos resoplos.

El mensaje entró a las cuatro y veintisiete minutos de la madrugada. No lo vi hasta la mañana siguiente. El móvil

avisó seguramente con un pitido de su llegada, pero estaba embarcado en un sueño extravagante que me mantuvo profundamente dormido.

Estaba en Marraquech, con mochila y entraba en Xemaá El Fná, cansado. Recuerdo que era verano y hacía un bochorno que no perdonaba ni a las pocas cobras y serpientes que desfilaban turísticamente en la plaza. Venía de visitar Volúbilis. Había pasado todo el día en aquellas ruinas. Recuerdo que el guía nos explicaba a un grupo de visitantes franceses, coreanos, una pareja mexicana y a mí la Casa de los doce trabajos de Hércules, mientras yo miraba distraído sus zapatos. Aquello era ruina y campo en medio de una llanura que exhibía una explanada de verde aceituna igual que una línea cristalina. Pero los zapatos de aquel hombre corpulento desencajaban en aquel lugar. Estaban fuera de contexto, igual que el propio contexto en mi sueño. El hombre chapurreaba un francés medio arabizado y marcadamente acentuado con un bereber local. Hablaba sin mover los labios ni ningún hueso de la cara. El sonido salía disparado de su boca como si huyera de las mordidas de sus dientes oscuros a fuerza de fumar y mascar tabaco. Pero esos zapatos, sin duda, eran de otro lugar. Me preguntaba si serían *Made in China*. El mundo se estaba llenando de *Made in China*, de hecho, llegó hasta la Volúbilis cartaginesa. Mientras el hombre nos hacía el recorrido habitual diseñado en la agenda turística

ministerial, yo le seguía atento con un folleto del museo en una mano y en la otra una libreta donde apuntaba sus indicaciones, explicaciones y alguna que otra broma que se permitía sin que el sentido del humor sufriera las desventuras del paso de una lengua a otra. Sin embargo, esos zapatos me perturbaban. Eran negros, de piel o al menos parecían de piel, puntiagudos y visiblemente desgastados. Y lo que más llamaba mi atención fue que eran zapatos de salón, de diplomático, ideales para lucir en galas y presentaciones en sociedad e incómodísimos para andar, y más para estar dando vueltas por unas ruinas romanas que pertenecían al siglo tres de antes de Cristo. Zapatos con sus pasos tintineaban melodías a los muertos que allí se refugiaban, soñé.

La visita fue completa. Vimos mosaicos de hilas y ninfas, los baños de Diana en la Casa de Venus, caños destartados del acueducto y una prensa de aceite. Me entraron unas ganas tremendas de comer un huevo frito con ajo bañado en aceite de oliva y espolvoreado con comino molido. El hombre hablaba sin cesar mientras señalaba con sus pequeñas y gruesas manos el barrio meridional por aquí, por ahí el barrio monumental, allá el cementerio, decía en su peculiar idioma adélfico. Entretanto, yo no les quitaba el ojo de encima a esos zapatos que me seguían atormentando de forma hipnótica sin atender a juicio alguno. Todo parecía una farsa. El guía

decía Volúbilis en vez de Oulili¹ como la habían bautizado antaño sus habitantes. Una vez en el *Decamunus Maximus* señaló La Puerta de Tánger. Una coreana del grupo preguntó: «*Why is it called The Gate of Tangier?*». Él, sin dudarle y con una sonrisa socarrona, contestó: «*Parce que la porte indique le nord*». Ahí estaba yo, mirando al norte en Volúbilis separado por La Puerta de Tánger. Pero me invadió un sentimiento confuso y con un impulso fugaz y brusco le increpé medio molesto: «Pero si eso es el sur». Todo el grupo, extrañado por el tono de mi voz, empezó Adelfas en amazigh a cuchichear, cada uno en su idioma, hasta que el mexicano sacó una brújula del bolsillo de su riñonera y me dijo con una voz melosa: «Se lo vamos a preguntar a este aparatito que seguramente nos sacará de dudas». Nos agrupamos, todos, como una piña de niños delante de un caramelo, mientras el mexicano agitaba la brújula. Se percibía la curiosidad. Hacía mucho tiempo que no veía a nadie usar una brújula anticuada en un mundo infestado de aparatos tecnológicos y digitales. Mirábamos la aguja con nostalgia y asombro. Finalmente, señaló el sur. Todos nos giramos hacia el hombre, él sin pestañear apenas, se encogió de hombros y, mientras sonreía a carcajada tímida, dijo: «*C'est la faute des romains*». Y su rostro destelló calidez e inocencia mientras la luz del sol reverberaba en sus ojos,

1. Adelfas en Amazig.

alumbrando una mirada misteriosa de color barro. Ahí, en ese preciso instante, el grupo se separó y cada cual se dedicó a terminar su visita acompañado por su propia sombra.

Proseguí andando por aquellos restos arqueológicos. Me paré a contemplar la Basílica. Anduve durante largo rato sorteando piedras y umbrías, adelfas y espinos, hasta que me detuve delante del Capitolio. Templo dedicado a la tríada capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. Visité la Casa de Orfeo. Sentí la ausencia y el alarido musical de Eurídice. En el Foro, estuve largo momento escuchando el silencio. Me entraron ganas de mear. No importaba el sitio desde donde se mirara, el Arco de Triunfo de Caracalla estaba erguido para la eternidad en medio de la desoladora ciudad.

El museo ruina cerraba media hora antes de la puesta de sol. Busqué de nuevo al hombre guía, a ese guardián de la memoria. Lo encontré fumando un cigarro de tabaco negro Casa Blue. Le reconocí el paquete que asomaba del bolsillo de su camisa medio arrugada. Le pregunté al hombre si me podía quedar ahí para contemplar la puesta de sol, sentado arriba del Arco del Triunfo de Caracalla. En un principio se negó, luego me insinuó que le tenía que dar alguna propina si quería que me hiciera el favor. Lo pensé mucho. Mi honor incorruptible estaba frente a una encrucijada. Pensé que era una ocasión que ameritaba una conducta de bajeza moral. Ver una puesta de sol sentado en

lo alto del Arco de Triunfo tenía su precio y si la coyuntura exigía una ligereza en mi rectitud ética acompañada de unos dirhams, tampoco iba a ser una hecatombe. Al fin y al cabo, estaba en unas ruinas, pensé. Metí la mano en el bolsillo y saqué dos monedas de diez dirhams cada una y se las dispensé. Me llevé una sorpresa cuando no las aceptó. Me pidió euros. Quería que le diese una propina en euros. Le expliqué que yo era marroquí igual que él, paisano suyo. Entonces me miró sobrecogido preguntándome qué hacía en el grupo de los turistas extranjeros. Le aclaré que vivía en Madrid, aunque seguía siendo igual de marroquí que él. El hombre se mantuvo en sus trece e insistió de tal forma, sutil e insistente a la vez, que no pude resistirme a ver si tenía algunas monedas. Pero no había ninguna. No tenía euros. El dirham era mi moneda en aquellas ruinas, en la villa del aceite y de las adelfas. La situación se estaba atascando y yo quería ver la puesta de sol. Todo lo impedía. Sin euros poco podía hacer y mis dirhams carecían de valor. No sé cómo, el hombre miró mis zapatillas de montaña y las señaló. «Quiero esas», dijo con una sonrisa en el dedo índice de la mano derecha que las apuntaba. Lo sopesé mucho. Eran zapatillas Quechua, buena marca que me había regalado meses atrás, comprándolas en una tienda austríaca de la calle Toledo del barrio de La Latina de Madrid. Sólo había dos tiendas en Madrid que las vendía. La otra estaba en proceso de

liquidación en el barrio de las Letras. Una reliquia para los pies, igual que la milenaria civilización que les daba nombre. Mis pensamientos fluctuaban entre la indignación y la resignación. Al final sucumbí a mis deseos y, sin más, me arrodillé y desabroché los cordones de las zapatillas y se las di, tocándolas por última vez.

Él, contento con el trueque, se quitó los zapatos *Made in China* negros y se puso las Quechua. Me puse sus zapatos. Los zapatos que durante toda la visita me habían atormentado el alma y el pensamiento, en ese momento, se adueñaron de todo mi cuerpo, empezando por los pies. Anduve con ellos un par de pasos para asegurarme de que no me hicieran daño y fue cuando escuché cómo tintineaban melodías suaves para todos los visitantes vivos que rondaban en ese momento en Volúbilis. Miré al hombre a los ojos y me pareció que su mirada misteriosa entonaba la dulzura del ritmo de sus zapatos, que ya eran míos.

Cuando ya tenía puestas las zapatillas Quechua me dijo en un amazigh atildado: «*Kifkif*»². Fue la primera vez que me hablaba en bereber. Antes lo hacía en ese medio francés arabizado y entonado bereber que caracterizaba a todo rastreador marroquí. Ese chapurrear que engulle las íes y las es como puñados de palomitas, iguales de ricas, conformes y fonéticas. Nos despedimos con un

2. Igual, lo mismo.

«gracias» y con un salto volador de mis zapatos chinos puntiagudos, me senté encima del Arco de Triunfo de Caracalla para disfrutar de un día que permitía nacer una noche. Cuando quise darme cuenta, el sol estaba desapareciendo y desvaneciéndose por el este. Miré al hombre a lo lejos, su cara seguía destellando inocencia y calidez y le grité, preguntando si en Oulili el sol siempre amanecía en el oeste y se desvanecía en el este. Me contestó con rotundidad: «Sólo hoy», mientras desaparecía en la nada al oeste del centelleante y enigmático sol.

En la plaza Xemaá El Fná me tomé un zumo de naranja recién exprimido. Tenía mucha sed. Y empecé a deambular. Creo que buscaba alguna *halca*³ de cuentacuentos. La medina, abarrotada de un ambiente que invitaba al agobio moderno, seducía. Había leído un reportaje en la BBC News de Richard Hamilton, titulado *The Storyteller of Marrakech*, que alertaba de que ese arte arcaico cruzaba su última travesía hacia la posteridad. La plaza olía a libros orales deshojados, a jaulas encerrando domadores digitales, a frío cálido, a alboroto humano y a presente inmanente. Aquello era un mausoleo de vivos y muertos que briznaba el aire de amores y odios que se transmitían al igual que una epidemia bibliotecaria que nunca se curaba sin ser escrita o leída.

3. Círculo de espectadores.

Los cuentacuentos nacían y renacían en esa plaza. Busqué y rebusqué sin éxito. No encontré a ninguno. Sólo había algunas serpientes y algún mono que se burlaba de sus semejantes. Encontré de casualidad a un buitre. Esta es una señal, me dije. Una nueva metáfora que Xemaá El Fná brindaba al mundo entero. Un buitre cuentacuentos era toda una innovación. Una metamorfosis digna de admiración. Lo observé durante minutos largos. El néctar de naranja había reanimado mi espíritu, recuperando mis fuerzas. Seguí andando y me topé con una cara conocida. Era Juan Goytisoló sentado en una esquina. Me acerqué y le sonreí. Me sonrió.

—Hola señor Juan, me llamo Ismael Atta —le dije en español.

Tardó mucho en contestarme. No comprendía por qué.

—*Ahlan*—me saludó al final sin desviar la mirada.

De repente, me percaté de que no nos entendíamos. Yo le hablaba en español y él me respondía en dariya⁴, pero aun así nos seguíamos sonriendo. Yo admiraba a Juan. Tenía tantas cosas que decirle, quería contarle mis inquietudes, mis ideas, comentar algún artículo suyo, recordé aquel del año 2001 que tituló *Vamos a menos*. Deseaba consultarle muchas cuestiones. Estaba delante de él, pero no podía hacerlo, mientras nos seguíamos

4. Lengua común de Marruecos. Fusión lingüística entre el amazigh y el árabe.

sonriendo y mirando fijamente. Pasaron segundos hasta que levantó la mano, llamó al camarero, y le susurró algo en dariya que no entendí. El camarero me lo tradujo en francés:

—*Monsieur Juan dit qu'il aime vos chaussures.*

Me moría de ganas por contarle de donde salieron aquellos zapatos. Quería obsequiarle relatándole mi asombrosa visita a Volúbilis, pero todo lo impedía. Era el vacío babélico el que reinaba en esa esquina. Mi lengua, su idioma, la del camarero, todas en un limbo sin fin, vagaban para brotar en silencio, miradas y sonrisas. En lenguaje corporal.

Poseído y diligente, quise responder en francés, pero no me salían las palabras, y le aseguré en español al camarero que le transmitiera que estaba muy contento de encontrármelo y estar con él sentado en ese rincón. Creo que el camarero se lo tradujo al dariya. Estuvimos torturándonos así un buen rato. Juan le hablaba al camarero en dariya, el camarero lo traducía al francés y yo le contestaba en español. Desde luego, muy incómoda la situación. Se percibía confinada en los límites del saber. Aunque las sonrisas y la mirada acogedora de Juan mitigaban plácidamente mi tormento.

Al final, pude hacerle llegar mi idea. Sólo deseaba que Goytisoló supiese que había leído dos de sus novelas. La

que publicará diez años después de su muerte y *Señas de identidad*. Pude elogiarle, diciéndole que era un escritor a la altura de Cervantes. Y cuando el camarero se lo trasladó, noté en su rostro el dolor de una consternación profunda, propia de una vejez serena. Me replicó con vehemencia, a lo que el camarero traductor decía:

—*Simplement, je suis le dernier halaiqui*⁵.

Entonces resonaron en mi mente sus palabras, que había leído en algún lugar perdido en la red: «Es importante comprender que la desaparición de un halaiqui es mucho más grave para la humanidad que la muerte simultánea de doscientos autores de best-sellers.»

Salí de aquella esquina para *medinear* la vida y cuando anduve unos metros, me di la vuelta y saludé a Juan y al camarero desde lo lejos con un efusivo adiós. A lo que el camarero me respondió: «*Bon courage*». No sabía si eran sus propias palabras o estaba traduciendo a Goytisolo. Alcé la mirada y leí en el letrero de la cafetería: *Café de France*.

Cuando me desperté el móvil estaba apagado. Se había quedado sin batería y no era la primera vez que pasaba. Mi manía de dejar las cosas agotando hasta el último momento tenía sus consecuencias. Era el efecto de ese algo que preferiría denominar *la personalidad de mi pereza*. Lo

5. Cuentacuentos. Cuentista que forma la *halca*.

enchufé para que recargara y puse la cafetera para desayunar. Me gusta empezar el día con música, así que saqué una pila de cedés que ojeé de uno en uno. Estaba a punto de decantarme por *On every street* de Dire Straits, pero al final la elección se la llevó un disco de bandas sonoras de películas. El vapor del café empezaba a inundar la cocina de olor a despertar. Me preparé unas rebanadas de pan tostado con tomate, aceite de oliva y ajo, y me dejé llevar por la canción que sonaba.

Vide cor meum, del compositor Patrick Cassidy, enloquecía mi cocina. Siempre que la escucho recuerdo a aquel doctor llamado *Hannibal*, que amaba la ópera, el buen gusto y la mitra de la carne humana. Aunque también me dejaba pasear por las vicisitudes de *El Reino de los Cielos*, que rememoraba la Jerusalén disputada. Ridley Scott había usado el aria, inspirada en algunos capítulos de la *Vita nuova* de Dante, en las dos películas y en situaciones disímiles, teniendo ambas a la muerte de protagonista. En la primera, para darle la bienvenida y, en la segunda, para despedirla. Pero, aun así, esos versos eran inmutables al contexto y a la situación. Era y será una canción extemporánea, voluble y permeable, ideal para una cocina enjuta como la mía y para un despertar cualquiera. Me entraron tantas ganas de escucharla otra vez, que decidí buscar la letra y recitarla al paso que se cantaba.

*E pensando di lei
Mi sopraggiunse uno soave sonno*

*Ego dominus tuus
Vide cor tuum
E d'esto core ardendo
Cor tuum
Umilmente pascea.
Appreso gir lo ne vedea piangendo.
La letizia si convertia
In amarissimo pianto
Io sono in pace
Cor meum
Io sono in pace
Vide cor meum*

Mi placer culinario matutino y el poema habían fundado en mí la sensación de estar destinado a convivir con un día agradable y prometedor. Cuando acabé de desayunar, encendí el móvil. Eran las once y veintisiete minutos, y vi el mensaje. ¡Sí que lo vi! Lo mandó mi hermana y ponía: «La abuela Ammas ha muerto».